

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

FRANCISCO RODRIGUEZ ADRADOS

Rectificaciones sobre el verbo latino

(TIRADA APARTE DE «ACTAS DEL SEGUNDO CONGRESO ESPAÑOL
DE ESTUDIOS CLÁSICOS».—MADRID, 1961)



Imp. VDA. DE C. BERMEJO
J. García Morato. 122. -Teléf. 233-06-19

1 9 6 4

RECTIFICACIONES SOBRE EL VERBO LATINO

COMUNICACIÓN DE D. FRANCISCO RODRIGUEZ ADRADOS

Si estudiamos un manual cualquiera de Morfología latina —y de Sintaxis en cuanto estudio del sentido de las categorías morfológicas—, no tardaremos mucho tiempo en advertir que el esquema de la flexión verbal indoeuropea que

se tiene a la vista para, tomándolo como medida, hacer deducciones sobre la historia y el empleo del verbo latino, no puede estar más lejos de lo que éste es. Dicho esquema está construido fundamentalmente, como se sabe, sobre la comparación del griego y del sánscrito. Si se acepta como el sistema verbal indoeuropeo más antiguo, se deducen automáticamente dos consecuencias:

1.^a El verbo latino se presenta como algo fundamentalmente nuevo, con pocas huellas de lo antiguo. Y ello no sólo en lo que respecta a la elaboración de una conjugación sobre dos temas, sino también en cuanto a datos previos a éste: formación de casi todos los subjuntivos, mezcla de formas temáticas y aтемáticas, temas de perfecto en *-mi*, etc.

2.^a Automáticamente quedan proyectadas dentro del verbo latino nociones que, muy probablemente, no se nos ocurriría buscar en él si no lo juzgáramos conforme a la falsilla o modelo antedicho. Así, sobre todo, la del aspecto llamado puntual o aorístico.

Pues bien, hoy nuestra posición respecto a lo que es el verbo indoeuropeo y a su formulación va cambiando considerablemente, y es natural que ello tenga repercusión en el estudio del verbo latino. Para reconstruir lo que fue la evolución del sistema verbal indoeuropeo poseemos hoy un dato nuevo de primera categoría, gracias al desciframiento del hitita; también el tocario suministra datos de interés, y lo tienen también interpretaciones nuevas diversas en varios campos lingüísticos. De otra parte, la consideración estructural permite hoy día afinar más en la distinción entre lo que es gramática y lo que es hecho de habla o de vocabulario; y permite en ciertos casos, pasando del estudio sincrónico al diacrónico, superar dificultades que nacen de la imposibilidad de que un elemento gramatical dado, con el sentido preciso que se le atribuía, llegara a empleos completamente diversos. En otras palabras: se logra reducir a una unidad original elementos gramaticales que el método tradicional consideraba como etimológicamente inconciliables. Finalmente, los nuevos desarrollos de la teoría laringal permiten trazar la historia de ciertas formaciones mucho mejor que antes.

Basándome en estos tres puntos de apoyo he intentado, en un libro que espero no tarde demasiado tiempo en ver la luz ¹, rectificar en varios aspectos la historia del verbo latino dentro del cuadro general de la evolución del verbo

indoeuropeo. Querría adelantar aquí algunas de mis conclusiones. Por la brevedad del tiempo disponible me limito a algunos puntos centrales; por otra parte, me sería imposible hacer aquí la crítica detenida de las opiniones contrarias y aducir todo el aparato erudito que se requeriría, por lo que mi exposición, forzosa pero inevitablemente, tendrá una cierta apariencia dogmática. Y con esto pasamos a los puntos que van a ocuparnos, que serán: tematismo y atematismo en el verbo; formación del subjuntivo; temas sigmáticos; aspecto; pretérito en *-ui*. Para terminar, haremos unas breves indicaciones sobre la construcción del sistema del verbo latino.

1. *Tematismo y atematismo*.—Me refiero ante todo al tipo *sum, es, est, sumus, estis, sunt* y al *capio, capis*, etc. también a las conjugaciones de *amo* y *moneo*. Con excepciones escasas —Meillet es una de ellas— se admite que el estado antiguo indoeuropeo está representado por el griego y ai., en que sólo hay flexión temática y atemática, no formas mixtas. Por tanto *sum, sumus*, etc., serán formas rehechas de una u otra manera; *capis* viene de **capīesi*, *amas* de **amaiesi*, *monēs* de **moneiesi*. Los verbos del germánico y báltico que presentan formas derivadas de *-ī, -ē, -ā* son interpretados en forma análoga; el eolio *φιλημι, τιμαμι*, etc., se explican como formas rehechas.

En realidad, aun sin contar con el hetita —que es el hecho nuevo que vamos a aducir— toda esta teoría es deleznable. No sólo acude innecesariamente a formas rehechas, sino que en eslavo, báltico y germánico, cuando se hace caer una yod entre vocales, ello es a expensas de violentar lo que sabemos de la fonética de estas lenguas. Además, en ai. y gr. existen verbos atemáticos de raíces en *-ā, -ē, -ī* y precisamente estos verbos son el modelo de la creación de los denominativos, pues se trata de antiguas palabras-raíces. Por tanto, si en gr. y ai. no existen verbos atemáticos no radicales (y aún hay la excepción del eolio), ello es, sin duda, el resultado de una evolución secundaria. Examinando sin prejuicios todo el material verbal no hetita —es decir, verbos de tema en vocal o consonante, radicales o no— se echa de ver inmediatamente que los hay a) atemáticos; b) temáticos; c) con mezcla. La repartición es, sin duda, reciente, hecho de elección. Por ejemplo, a los verbos con *-ī* denominativos y deverbativos temáticos del gotonórdico, responden otros semitemáticos del germánico occidental; en cambio, en gotonórdico los hay semitemáticos

con \bar{i} larga, que no tienen correspondencia en germánico occidental. En aesl. coexiste el tipo temático en $-j\bar{o} / -j\bar{e}\bar{s}\bar{i}$ y el semitemático en $-j\bar{o} / -i\bar{s}\bar{i}$; el temático en $-aj\bar{o}$ y el atemático en $-amz$. En griego los en $-\bar{a}$ y $-\bar{e}$ no radicales atemáticos han quedado reservados al eolio; pero en el futuro $\acute{\epsilon}\sigma\omicron\mu\alpha\iota / \acute{\epsilon}\sigma\tau\alpha\iota$ subsiste una forma semitemática comparable al latín *sum / est*. En suma: no hay razón para negar antigüedad a la flexión semitemática del latín, y la hay para creer que la falta de flexión semitemática en gr. e i.-i. y de flexión atemática (salvo en eolio) en los no radicales en vocal, es una innovación. Es uno de tantos casos en que el estado del gr. e i.-i. no representa un arcaísmo, sino una innovación.

De todas formas, todo esto podría prestarse, mejor o peor, a infinitas discusiones, si no fuera porque el hetita proporciona una decisión segura. Efectivamente, en hetita encontramos, en los temas en $-\bar{a}$ y $-\bar{e}$, tres posibilidades de flexión: a) atemática (tipos *memahhi* y *hatrami*): b) temática (tipo *daliyami*); c) semitemática (en los verbos atemáticos con $-a$ aparecen esporádicamente formas temáticas con $-iya$). Lo que han hecho ciertas lenguas occidentales, entre ellas el latín, es fijar, en el tipo semitemático, las formas temáticas y semitemáticas en determinadas personas, respectivamente. Pero es ya muy frecuente en hetita el tematismo de la 1.^a sg. y 1.^a, 3.^a pl., frente al atematismo de las otras personas. En cambio, el hetita no nos presenta ejemplos de flexión semitemática en los verbos radicales de tema en consonante, ni tampoco, prácticamente, de temática; ha generalizado la atemática. El tocario, en cambio, nos ofrece en estos verbos ejemplos claros de tematismo y semitematismo. Y el latín es en los verbos en $-\bar{a}$ donde presenta un semitematismo más problemático. Cada lengua trata de obtener un sistema propio a partir de una gran multiplicidad inicial de formas.

Este estudio queda aquí solamente esbozado. Conveniría completarlo mediante otros dos que no puedo hacer en este lugar: 1.º, el de cómo la yod que precede a la vocal temática proviene en los casos más antiguos de una laríngeal radical, con lo que entre las formas temáticas y las atemáticas no hay más diferencia que la presencia o ausencia de esta vocal y no interviene sufijo alguno; 2.º, el de cómo en fecha antigua la vocal temática provocaba grado cero de la sílaba precedente, con lo que el tipo *sum / est* deja de estar aislado y encuentra paralelos otra vez en hetita: las

formas temáticas en *-iya* son un grado cero de la *-ā* seguida de la vocal temática.

Como se ve, en un caso concreto el latín presenta huellas de un estadio flexional más antiguo que el del griego e i.-i., que representa una regularización. Huellas solamente, entiéndase bien, porque hay también una limitación secundaria de las formas posibles en principio.

2. *Formación del subjuntivo*.—Con la teoría tradicional, basada una vez más en el griego e i.-i., no se llega muy lejos en la interpretación del subjuntivo latino. Esta teoría postula, como es sabido, que junto a un indicativo atemático hay un subjuntivo con vocal breve (*e / o* alternando); y junto a un indicativo temático, un subjuntivo con vocal larga, a saber *ē / ō* alternando también. Pues bien, el subjuntivo con vocal breve sólo aparece en algún raro caso (*ero*, futuro que es un antiguo subjuntivo); y el subjuntivo en *-ē* frente a indicativo con vocal temática, se encuentra sólo, convertido en futuro, en el tipo *legēs* frente a *lego*.

Es cierto que aquí, ante la evidencia de los hechos, los tratadistas acceden a conceder al subjuntivo latino algunos rasgos desconocidos por el gr. e i.-i.: el timbre *-ā*, que es definido como común al latín y celta; y la independencia respecto al indicativo en casos como *tango / attigas* en latín arcaico, también con paralelos en celta. Se trataría de rasgos indoeuropeos dialectales o, en el segundo caso, de un arcaísmo, aunque esto no ha sido desarrollado con todas sus consecuencias, pues se piensa que el subjuntivo procede del aoristo.

Estas explicaciones no penetran en el fondo del problema, porque el subjuntivo con *-ā* existe en todo el indoeuropeo —aunque resultaría largo demostrarlo ahora— y el tipo *tango / attigas* a lo que apunta en realidad es a una falta de relación antigua del subjuntivo con los temas del indicativo. Además, en una oposición como *amās / amēs* sólo secundariamente se siente *amēs* como derivado de *amās*; en un principio son independientes. Resulta ahora un nuevo problema, el de determinar por qué la *-ā* larga es en ocasiones indicio de subjuntivo y en otras de indicativo: problema que por lo demás aparece en diversas lenguas para la *-ē* y, también, para la vocal temática *e / o*. Más aún: en latín hay un subjuntivo con *-s*, un morfema que tiene igualmente muy diversas funciones. El latín sugiere la idea de que coexistían temas diversos —con vocal temática, *-ē*, *-ā*, *-s*— que luego se organizaron en un sistema: cf. por ejemplo

legis (indicativo) frente a *legās* (subjuntivo), *legerem* etc. (de **legis-*) (otros subjuntivos distintos) y *legēs* (subjuntivo hecho futuro). En cambio, *monēs*, con *-ē*, es indicativo; *amās* con *-ā* también indicativo; diversas formas con *-s*, desiderativos o aoristos. El sistema clásico del subjuntivo indoeuropeo no ofrece luz alguna para esta situación.

Hoy en día tenemos, sin embargo, dos importantes puntos de apoyo con que intentar resolverla: la aducción de las nuevas lenguas indoeuropeas —cuyos datos confirman lo que podría deducirse, aun sin ellos, de hechos que el sistema del gr. e i.-i. ha puesto en la penumbra—; y la consideración estructural. Aludiremos sucesivamente a ambos apoyos.

1.º El hetita no presenta aún subjuntivo; o, mejor dicho, el llamado indicativo hetita puede usarse también como subjuntivo, esto es, es indiferente al modo. Ahora podemos establecer que la diferenciación de subjuntivo e indicativo es reciente en indoeuropeo y el estado del báltico y eslavo —comparable, en la fecha más antigua, al del hetita— no representa una innovación (eliminación del subjuntivo) como se creía, sino un arcaísmo. Pero es, sobre todo, el tocario B, cuya morfología verbal no ha sido bien conocida hasta la publicación de la Gramática de Krause en 1952, el que da más luz sobre el problema del subjuntivo. En este dialecto prácticamente todas las formaciones capaces de dar un indicativo, pueden también dar un subjuntivo. Ambos modos se distinguen simplemente por oponerse; es decir, de una raíz dada, la formación de tipo A será indicativo y la B subjuntivo, mientras que de otra la A será subjuntivo y la B indicativo. Por lo demás hay una cierta tendencia al sistema clásico, que opone indicativo atemático a subjuntivo temático e indicativo temático a subjuntivo con vocal larga; pero es una simple tendencia y hay incluso indicativo temático frente a subjuntivo atemático. En algunos verbos, de otra parte, el indicativo y subjuntivo no se distinguen, es decir, subsiste el estado del hetita y baltoeslavo (como, por lo demás, en casos aislados, en el ai. y germánico en los temas en *-ā*). Y se mantiene como norma general la independencia del subjuntivo respecto al indicativo; hay uno por verbo y no es de presente ni de pretérito.

2.º La consideración estructural acaba de aclarar las cosas. En principio, los temas eran indiferentes al modo y luego se han especializado oponiéndose; esto nos explica cómo es que en latín, por ejemplo, el formante *-ā* es de

subjuntivo o indicativo según el tema al que se opone. Inútil añadir que el subjuntivo con vocal breve y el indicativo temático son formal y etimológicamente idénticos: sólo los hechos de oposición los definen. Explicar la *-ē* o *-ā* del subjuntivo como proveniente del aoristo o distinguir entre *-ē* y *-ā* de subjuntivo y de aoristo, vocal temática de indicativo y vocal breve de subjuntivo, etc., es equivocado. Más aún entender la *-ē* como contracción de *e + e* o atribuir al indoeuropeo la *-ō* que es una innovación analógica puramente griega. Evidentemente, el latín ha reorganizado luego sus subjuntivos, relacionándolos con el sistema de conjugación por dos temas; así, entiende *amēs* como derivado de *amās*, deriva *ueniam* de *uenio*, *amauerim* de *amaui*, etc. Llega a más aún, creando, en el subjuntivo de cada tiempo, una oposición interna (subjuntivo de presente/de perfecto, imperfecto/pluscuamperfecto).

3.º *Temas en -s*.—La lingüística tradicional, que aplica el método etimológico, se encuentra con varios formantes *-s* irreductibles a la unidad: la *-s* desiderativa (de la que se admite que nace la futural), la aorística, la de subjuntivo. Mejor dicho, niega la existencia de una *-s* de subjuntivo y busca el nacimiento del subjuntivo latino con *-s* ya en un aoristo (teoría más común), ya en un futuro (Pedersen), ya en un desiderativo (Benveniste). Alguna vez se había entrevisto —y aquí mencionamos de nuevo el nombre de Meillet— que la totalidad de los temas en *-s* podía tener un origen unitario; pero era una simple especulación glotogónica no utilizada al estudiar los datos concretos de cada lengua.

Por el contrario, una consideración estructural de los hechos permite ver claramente que un tema alargado con *-s* pudo utilizarse, opuesto al tema sin alargamiento, para notar diversas nociones. Aunque luego se tiende a una especialización progresiva de los temas, subsiste el hecho de que el tema que funciona en una lengua como indicativo de aoristo es usado en otra para notar el subjuntivo: por ejemplo, los temas en *-ās*, *-ēs* con subjuntivos en latín (*amarem*, etc.) y osco-umbro, pero indicativos de aoristo en griego (*ἐτίμασα*), air., esl., toc.; los temas en consonante + *s* son indicativo de aoristo en lat., gr., etc., pero subjuntivo (general, no de pretérito) en celta, etc. En suma, hay que presumir que los subjuntivos en *s* del latín son un caso comparable a los demás: un tema usado para distinguir el subjuntivo de un indicativo sin esa característica. Luego, secundariamente, ese subjuntivo se escinde en varios, integrándose en

una complicada estructura cuyos comienzos son ya itálicos y no sólo latinos. Por lo demás, el subjuntivo en *-s* lo encontramos fuera del itálico y del celta: así en armenio. El sistema del griego e i.-i., que distinguen una *-s* aorística indiferente al modo, marcado luego por un morfema a ella añadido, se revela como secundario respecto a uno anterior en que el subjuntivo —con *-s* u otro morfema— era uno por verbo y no tenía relación con los indicativos. En i.-i. existen claras huellas de esta antigua independencia.

Una vez más, sin embargo, reconocemos que pese a todo hacía falta un hecho nuevo que, con su evidencia, acabara de dar la razón a esta nueva posición. Este hecho nuevo está también aquí en el hetita, en el que no existe aoristo ni subjuntivo y los temas en *-s*, como los demás, dan, según las desinencias, un presente y un pasado. En tocario, donde ya hay un pretérito o aoristo y un subjuntivo, existe, sin embargo, una tendencia a que el presente con *-s* tenga el pretérito también con *-s*. Aquí encontramos el estado antiguo indoeuropeo, a partir del cual se explican las varias especializaciones del tema con *-s* al oponerse al sin *-s*. Todavía en griego ἔστασα y σταῶ, δόσσο y δόσομαι están formalmente en la antigua relación del hetita, aunque los primeros términos hayan quedado clasificados como aoristos y los segundos como futuros. En latín el detalle de estas clasificaciones es reciente, y está en conexión con diversos hechos de sistema. Nada ha hecho más daño al estudio del sentido de las diversas formas del subjuntivo latino que el olvidar esto y tratar de analizarlas por vía etimológica y atribuirles los valores de formas griegas más o menos próximas formalmente, pero que han fijado su sentido dentro de un sistema completamente diferente.

4.º *El aspecto verbal.*—La historia de las teorías sobre el aspecto del verbo latino puede resumirse diciendo que consiste en una serie de intentos por encontrar en el verbo latino ya un sistema aspectual como el del eslavo —que opone el aspecto de unos verbos al de otros— ya el del griego y supuestamente del indoeuropeo, que opone un presente durativo y un aoristo momentáneo. Y, sin embargo, una consideración despreocupada del verbo latino que distinga lo que es gramática de lo que es mero hecho de habla o de vocabulario, descubre fácilmente que éste no presenta ni el primero ni el segundo de los sistemas aspectuales mencionados, salvo en la medida muy limitada en que el verbo simple se opone al provisto de preverbio.

Como en otras ocasiones, convendría aquí comenzar por un nuevo estudio de los hechos griegos que nos hiciera negarles la antigüedad que se les atribuye. Es en primer lugar evidente que la creación del aoristo, que no existe todavía en hetita, responde a una tendencia difundida en casi todo el indoeuropeo a notar el pasado mediante un tema de presente marcado con desinencias secundarias. Sin embargo, en griego e i.-i. han coexistido los dos procedimientos, y es esta situación la que ha producido una diferenciación entre los dos pasados, el imperfecto y el aoristo, que ha acabado por engendrar la oposición más general entre un aspecto durativo y uno puntual. Pero ello es una posibilidad y no una necesidad y así, con los textos en la mano, no se ha podido encontrar en ai. huella alguna de un aspecto puntual. Con más razón ocurre esto en latín. Desde el mismo punto de vista interno del latín se ha señalado a veces —y aludo a una comunicación de Mariner al anterior Congreso Español de Estudios Clásicos— que el pretérito latino no se opone aspectualmente al presente; la única oposición aspectual latina es la que se crea entre el perfecto, como término negativo, y el nuevo término positivo constituido por el imperfecto. Pero resulta urgente llevar esta doctrina a la teoría del subjuntivo, donde la asunción de un aspecto puntual en el de pretérito y uno durativo en el de presente, es tanto más inadecuada genéticamente cuanto que el subjuntivo latino no tiene relación alguna de origen con el presente ni el aoristo. Sincrónicamente tampoco es exacta, creemos, la asunción de estos aspectos en los distintos subjuntivos. Pocas partes hay de la gramática de las lenguas indoeuropeas que hayan sufrido más de la consideración puramente descriptiva —sintaxis de etiquetas— y de la aplicación precipitada del método comparativo. Se barajan confusamente los conceptos de potencial, irreal —mal definido— y voluntativo, aspecto aorístico o perfectivo, valores de tiempo, etc., sin distinguir entre las nociones de las oposiciones y los diversos usos neutros o los dependientes de la estilística, el semantema o la subordinación. Felizmente va apuntando ya una reacción, dentro de la cual se encuentran muy destacadamente trabajos españoles. No es el momento éste de proponer soluciones y sí sólo el de señalar la necesidad de prescindir de ciertos prejuicios convertidos ya en tradición y de mirar a los hechos cara a cara con ayuda del método estructural.

5.º *El perfecto en -ui.*—Finalmente, y como ejemplo de

las aportaciones que pueden esperarse de la teoría laringal, aludiré al caso de los pretéritos en *-mi*, de que ya me ocupé en un trabajo publicado hace varios años ² y en el que propugné una explicación con la que, con diferencias de detalle, coinciden otros varios autores. El origen de estos pretéritos está en verbos de raíz o tema en laringal con apéndice labial, que en determinadas circunstancias, sobre todo ante vocal, desarrollan una *-u*. En suma, *ama-* y *amau-* remontan a un mismo tema, y en el segundo un elemento de origen fonético se ha gramaticalizado convirtiéndose en característica de pretérito. Esto no ocurre sólo en latín —aunque a esta lengua haya que atribuir ciertos detalles del sistema—, sino que encuentra paralelos claros en hetita, ai., lit., toc. y osco-umbro, en forma que no puedo detallar aquí. Si en griego no ocurre lo mismo, es solamente porque en pretéritos como ἐμάμην se han generalizado las desinencias secundarias consonánticas; igual ocurre en indo-iranio, con excepción del perfecto. Así el pretérito latino en *-mi* sale de su aislamiento y nos proporciona un nuevo dato para el estudio de cómo se crean sistemas verbales sobre elementos morfológicos y aun fonéticos en principio extraños a los mismos.

Con lo dicho hasta aquí no hemos hecho más que tocar sumariamente algunos de los elementos necesitados de revisión en la teoría del verbo latino. Pero creemos que son ejemplos suficientes para mostrar en qué dirección debe buscarse un progreso en dicha teoría. En vez de ver en el verbo latino los restos de un sistema indoeuropeo convencional más un agregado confuso de innovaciones poco inteligibles, conviene tratar de ver cómo elementos de origen indoeuropeo —en algunos casos más antiguos que los conservados en gr. e i.-i.— se han reorganizado en un sistema radicalmente nuevo. Esto no ha sucedido súbitamente, por supuesto, y muchas veces el sistema latino responde a tendencias que han dejado también su huella en áreas dialectales indoeuropeas más o menos extensas. Aquí hemos apuntado algunas soluciones, pero nuestro objetivo principal ha sido presentar las nuevas exigencias y, también, las nuevas posibilidades de solución de nuestra hora, que cuenta con tres apoyos formidables: los nuevos datos sobre lenguas indoeuropeas, la teoría laringal y la consideración estructural. Con su ayuda, creemos, puede aspirarse en muchos casos a cortar el nudo gordiano de tantas infinitas discusiones, mediante la superación del planteamiento de los problemas y la aducción de nuevos datos. Y, por supuesto,

pueden decirse cosas semejantes respecto a otras lenguas indoeuropeas y al mismo indoeuropeo en su conjunto.

NOTAS

¹ Aparecido en 1963 con el título *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo* (Madrid, C. S. I. C.).

² «Quelques traitements phonétiques des laryngales indoeuropéenes», *Hommages Niedermann*, Bruxelles 1956, 17 ss.

